

# El Chino, un libro que encontró algo nuevo sobre Pablo Escobar

Daniel Rivera Marín

Periodista. Editor general de El Colombiano. Colabora con revistas como Gatopardo, El Malpensante y Soho, danielarteria@gmail.com

<sup>1</sup> Alfonso Buitrago, "El Chino, el fotógrafo personal de Pablo Escobar", Universo Centro, 2022.

Hay libros que empiezan como una pequeña historia personal —pensé desde el primer momento en *El secreto de Joe Gould*— que es la ventana a un mundo, a un arquetipo. Hay otros, en cambio, que tienen la misión de narrar a una generación, el *modus vivendi* de una sociedad. La Biblia y sus judíos, Sófocles y sus griegos. Son ejemplos exagerados, ya sabemos que en esos libros está el secreto del mundo. Bueno, en *Cien años de soledad*, de García Márquez, está el secreto de los pobres de Colombia, de los pobres del universo. Sigo exagerando con las comparaciones, pero quiero que me entiendan. He llegado a la conclusión de que en *El Chino. El fotógrafo personal de Pablo Escobar*<sup>1</sup>, de Alfonso Buitrago, pasa eso mismo porque se narra la aparición del mal en Medellín. Exagero con esto del mal, digamos del mal que trae la ambición, en nuestro caso un capítulo propio, de nuestra autoría, alcemos las manos y adoremos: el narco, las bombas, la guerra. Así, el libro logra dos cosas: narra una historia personal —la de El Chino— y la de una generación: la de Medellín en los años 70 hasta hoy, la Medellín del mal.

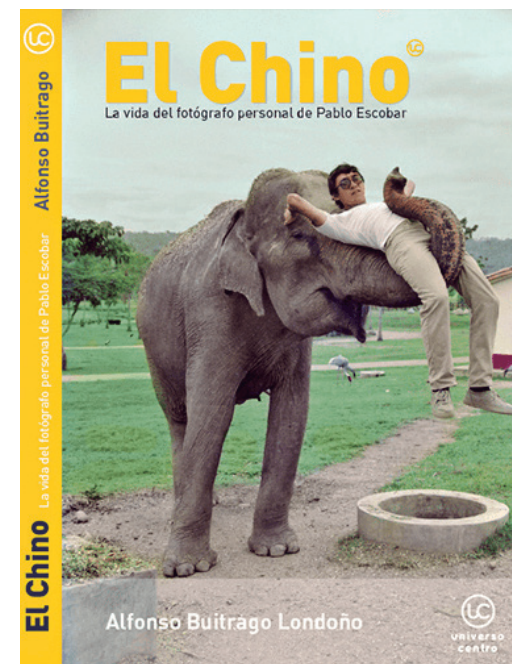
Debo decir que Buitrago es un gran amigo, un amigo que me salvó la vida. Lo aclaro para que el lector sepa desde dónde escribo. Sin embargo, este, creo, es uno de los buenos libros de periodismo literario de los últimos años de Colombia, donde de verdad no pasa mucho desde que Alberto Salcedo Ramos publicó *La eterna parranda*.

La historia de *El Chino* es simple. Alfonso Buitrago nos cuenta en los primeros capítulos que, por su experiencia como reportero en Medellín, terminó siendo una especie de productor para el famoso periodista gringo Jon Lee Anderson, un hombre que ha hecho

lo que pocos: una biografía del Che, reportero de guerra en Medio Oriente y Latinoamérica, y una de las firmas más respetadas en la revista *The New Yorker*. En esa producción para un reportaje sobre cómo Pablo Escobar había terminado siendo material de turismo en Colombia, Anderson entrevistó a Edgar Jiménez, un tipo borracho e inteligentísimo que había estudiado en el colegio con un bonachón y malandrín Escobar, militado en el M-19 y luego, como un asistente que ve al mago revelar su secreto, se encontró con el milagro del capo y su finca y sus bestias de la selva pastando en el eternamente veraniego Magdalena Medio.

El cronista es un tipo que llega tarde —esto ya se ha dicho y no se vende como un defecto sino como una virtud— y, además, es un tipo que pisa sobre las historias de otros. Buitrago escuchó toda la historia que El Chino le contó a Anderson, prestó atención a cada cosa y vio entre las ruinas a un personaje, a un hombre que había sobrevivido a la guerra narco, aunque estuvo en el ojo del huracán tomando fotografías. El Chino se había encontrado con una cámara cuando terminaba el colegio y desde entonces nunca la abandonó, a su reencuentro con Escobar ya era un hombre que hacía fotos en campañas políticas y procesos de paz y Pablo le pidió que cubriera su propia campaña como Representante a la Cámara, además de las decenas de obras sociales que tenía en Medellín.

El libro trata con generosidad al personaje. No solo importan las anécdotas, que es uno de los grandes fracasos del periodismo narrativo colombiano, sino que importan las ideas: el fracaso y la vanidad de un hombre, las miserias de los borrachos. En algún punto, Buitrago se encuentra



con su personaje en el vicio etílico. Hay grandes parrafadas de entrevistas alrededor de unos aguardientes, y el lector casi puede escuchar el tintinar de las copas. El Chino se transforma por la prosa de Buitrago en un sátiro o en un sabio. Eso sí, el personaje nunca deja de ser un hombre inteligente, perspicaz, con la mirada aguda del artista.

Todo está resumido en el epígrafe del libro, que se trata de un chat de WhatsApp que El Chino le envía a Buitrago —los chats del personaje, se ve en todo el libro, son legendarios, rabiosos, enconados—: “Sabés que podés decir lo que querás en cuanto a mí. Si es bueno me gusta, si es malo me gusta más. Vos tenés que mostrar al Chino, que soy yo, y que vos decís que soy el personaje, en todo. Con sus aciertos y con sus fracasos; con su bondad y con su maldad; con sus inteligencias y con sus brutalidades; con su gran sentido de la amistad y con su bestialidad cuando se siente traicionado. Hacer de un pendejo, como yo, alguien universal en cuanto a las miserias de la vida y la vacuidad de todo”.

Vemos el arco: un niño tímido que no tenía vocación de pillo, un ajedrecista de medio pelo que fotografió a los mejores, el hombre de largo aliento en las fiestas, el militante de izquierda que se quedó en los bordes, el fotógrafo de la primera revista porno de esta villita, el hombre fiel a una mujer con la que no compartió techo, un padre responsable y silente, el amigo de sus amigos. Una vida que

desemboca —como todas— en la gran nada y que deja un legado, su testimonio en fotos.

Además de la historia de El Chino, que es la historia de Medellín, está su archivo, el que guardó contra todo pronóstico, porque los fotógrafos suelen ser desordenados y más cuando su campo de juego no está en la calle sino en los bares. El libro es un gran álbum inédito donde salen políticos asesinados, campañas del Nuevo Liberalismo, de los exM-19, de los exEPL, de Pablo Escobar con una tranquilidad zen —desparramado en un sofá, sin camisa en una piscina, en medio de sus animales como Adán en el Jardín del Edén—. Más de una vez le dije a Alfonso que evitara que el libro se convirtiera en un álbum, pero era inevitable, el libro no es una crónica, es el testimonio de una generación, de esta generación perpetua del mal de Medellín que empezó con el “haga plata, mijo” y terminó con toneladas de coca enviadas a Estados Unidos, carrosbomba, descuartizados y la consolidación paramilitar.

*El Chino. La vida del fotógrafo de Pablo Escobar* es un relato de todos nosotros, de todos los untados por el narcotráfico. Hay una casualidad entre las páginas, Buitrago se encuentra con que un tío suyo fue carcelero de Escobar en La Catedral, es apenas un guiño, un esguince en el que el narrador se nos muestra y nos mira, nos dice: todos estamos aquí y participamos de la fiesta del capo.

Buitrago es un documentalista, tiene la paciencia zen necesaria para documentar vidas enteras, para registrar bibliotecas enteras. Ir a su casa es encontrarse con un obsesivo de Medellín y de las hemerotecas, solo así se entiende que pueda haber escrito un libro de casi 400 páginas sobre un fotógrafo. A veces el lector puede sentir que son demasiadas, que sobran, pero hay que tener paciencia. Es cuestión de ver la botella y empezar a sorberla, que queme las entrañas, al final, la embriaguez —su dicha— es inevitable. ■

Juan Manuel Echavarría con colaboración de Fernando Grisalez,  
serie Silencios, 2010-2023, "Silencio Político", Chegue,  
Sucre, 2013

